



EL DULCE ENCANTO DE LAS PALABRAS

Álix Vargas Bermón

Los recuerdos vienen a mi memoria, y en los estribos de la ensoñación viajo a los recónditos lugares de mi infancia. Ellos vuelven en el tintinear de las voces de aquellos que, con sus relatos me trasladaron a los mundos de la fantasía; personajes maravillosos entretejen los hilos de las historias. Unas voces son las de mi madre, excelente narradora de cuentos, quien hacía alarde de sus recuerdos y, en las tardes, sentados en pequeños troncos de madera junto a una quebrada, mientras bordaba, solía contarnos cuentos sobre princesas encantadas encerradas en extraños lugares, donde los jóvenes debían acceder a los secretos y conocer de encantamientos para lograr penetrar esos sagrados lugares. Siempre había que develar alguna palabra, descubrir una marca, algo que era oculto y que siempre era un alma pura y transparente quien se llevaba el premio. También hay otras voces familiares que se desplazan en los lugares favoritos de la casa, por ese entonces era la costumbre reunirse en familia a recordar pasajes de la historia temprana, y solía ocurrir junto a la cocina donde crepitaba la leña ahogada en el fuego, y en torno a una gran mesa con bancos de madera y algunos taburetes en las cabeceras. Una de ellas siempre la ocupaba mi padre Julio, como autoridad. A él lo recuerdo narrando esos escuetos relatos de la guerra contra liberales o cachiporros y las facciones de pájaros y conservadores chulavitas. Ahí se rememoraba lo acontecido en los campos nortesantandereanos y cuyos terribles estragos le habían ocurrido a vecinos y familiares, y cómo muchos de los afectados por estas rencillas habían abandonado sus parcelas por temor a perder la vida.

Así mismo, en las noches frías en Los Cedros, que era el nombre de la finca, al abrigo de una fogata, en los tiempos de recogida del café, era la costumbre en torno al patio de secado del grano, reunirse los niños y los jóvenes a contar relatos de brujas y espantos, del Cojito o de duendes que solían sustraer los niños más pequeños, llevarlos a sus cuevas y era causa de su encanto hacerlos reír tanto que, fallecían a causa de los cosquilleos, por lo que los padres recomendaban a los mayores estar atentos, y al menor ruido en la oscuridad del campo, debían recurrir a algunos instrumentos musicales como sonidos de flautas de caña o armónica, y de no poseer éstos se recurría a cantos acompañados de rústicas charrascas, de este modo, a aquellos que no les gustaban esos sonidos se veían obligados a huir a lo profundo de los campos.

También mis recuerdos van hacia el trapiche. Aquel otro lugar ocupa parte de mis emociones y temores, son las noches de molienda, junto a las grandes pailas que contienen el guarapo de panela, que entre la charla de los paneleros van revolviendo la miel y con largas cucharas de madera prosiguen descachazando el dulce líquido que comienza a embriagar los sentidos y el paladar. Era la costumbre que, bien entrada la noche, y para no quedarse dormidos con este fuerte trajín,



hacer chistes. La recurrencia al uso de rebuscadas adivinanzas también hacía parte de la entretención y, por último, surge el original cuentacuentos. Aquél, seguro hace despliegue de su bufonada y da paso a su arrume de espantos y aparecidos, la vista de almas de muertos conocidos y fantasmas desconocidos que rondan los campos de la finca; algunas veces el relato hace referencia a cómo el diablo vino a buscar a aquel tramposo que hizo pacto con él y le vendió el alma por riqueza, pero que luego, suspicaz, no quiere irse con el compa, para no dejar la mujer y los hijos, o los bienes alcanzados en esta injusta transacción. Una vez que termina este ciclo, alguno recuerda la lucecita que surge donde hay entierros, y entre chiste y tretas se aclara la panela y una vez en su punto se requiere de la máxima atención, pues debe volcarse en las gabereras de madera, y llevando cuidadosamente el líquido se van llenando los espacios del cuadrado que le da forma al panelón. Culminada esta tarea, aclara el día, y los relatos vuelven al cajón de los recuerdos. esperando una próxima ocasión.